

LOS ETERNOS ÍDOLOS

Pepita Maynadé Mateos

Continuado de "Ilusión" de la misma autora

Desde el tronco al dios, desde el animal al santo, siempre la masa de la humanidad ha expresado su adoración por medio de los ídolos.

Es sino de los hombres. Demasiado pequeños para adorar a Dios por medio de sus naturales grandezas, encarnaron en una forma más o menos grosera su divino ideal.

La forma idolatrada se ha manifestado a través de las edades según el grado evolutivo del sentimiento estético de cada raza. Las virtudes en sí no han sido jamás adoradas. Sólo al personalizarlas admiró el hombre más que la virtud, más que el poder, la personificación de algo que se asemejara a él, divinizándose a sí mismo.

Y así el salvaje adoró y adora en la tosca cuando no espantable deidad que él se formara, lo que conceptúa belleza y le atribuyó lo que considera virtud. En la expresión material de la virtud y de la belleza hechas objeto del humano culto, se ha señalado la humanidad en cada etapa inconscientemente el límite de su perfección, puesto que ha encarnado lo más grande que en él había, su concepto más elevado, en la limitada forma de algo que adorarían sus hijos como lo único bueno y bello.

Cuanto más pura y ferviente es la devoción, menos necesidad de ídolos tiene. Porque la adoración pura trasciende las formas como el calor del sol trasciende las nubes. Mas la oración sin palabras, hermana del éxtasis que se remonta al cielo, será únicamente la alada oración de los elegidos, que reside solamente en las estáticas regiones de incommovible felicidad. y cito las bellas frases de Víctor Rydberg:

«Si quieres unirte a la divinidad, si quieres contemplar la verdad cara a cara, olvida lo sensible, lo que te pertenece, lo que hace de tí un ser individual. Sepárate de todo.

¡Excluye de tu alma toda idea, todo sentimiento, toda imagen, toda voluntad! Solamente entonces contemplarás lo único, lo incomprensible. Nada separa ya lo divino del alma contemplativa. Ambos forman un todo».

«Este estado en que el alma no vive su propia vida, sino la del espíritu del Cosmos, la de la razón del Universo, y en la que adquiere su certidumbre, su presciencia, su libertad, es el último grado de la felicidad, es el éxtasis».

Pero la humanidad siempre tendrá necesidad de una forma muda y plástica por medio de la cual percibir el eco de un mundo desconocido. Cual la vela plateada de un navío conduce nuestra vista a un punto de la más remota lejanía, así el ídolo terrestre, al prestarle alas la imaginación nuestra, trasciende las materiales brumas y nos eleva a siderales esferas llenas de paz.

Pero al analizar los distintos aspectos en que se ha manifestado siempre la tendencia del hombre a vislumbrar lo divino por medio de formas por él creadas, vemos que los maestros en la más sana y consciente idolatría, fueron los antiguos paganos. Porque vieron que lo único material que eleva la espiritual mirada al infinito, es la belleza. Y sólo en la belleza encarnaron las virtudes de la divinidad.

Con ser los más idólatras, fueron los que más racionalmente adoraron. Jamás dieron forma al divino espíritu ni a Dios. Y así Pitágoras, el sublime pagano, encarnó en las marmóreas Musas de celestial belleza, las potencias repl-esentativas de otras tantas cualidades. En la escuela ideal, la más perfecta institución esotérica que vieron los siglos, el culto de

los dioses tenía un doble y unificador estímulo. Siendo la tónica de sus ansias la consecución de las armónicas virtudes que prestan alas al alma para remontarse a las esferas luminosas del perpétuo ritmo, buscaron en los aspectos más simples de la vida, la más sensible perfección encarnada, para elevarla en conjunto a un superior nivel. Y para armonizar su alma, armonizaron su cuerpo con plásticas y cadenciosas armonías, y para educar sus sentidos físicos, transmisores de las más elevadas facultades y conductores a la vez de las vibraciones externas que prestan alimento al alma, rodearon la bella mansión, semejante a un terrenal Olimpo, de flores y de frutos, encanto tierno y viviente, sedoso al tacto, aromoso al olfato, dulce y jugoso al paladar, grato a la vista.

Y los himnos coronados con los armónicos sonidos de las liras cuyas vibratorias ondas elevábanse al cielo con el sol naciente que teñía las blancas columnatas del templo pitagórico de rosa y oro, transmitían por el oído las palpitations vírgenes de la tierra

soñolienta en sus primeros estremecimientos de vida al alma extasiada por belleza tanta. Y Apolo, el dios glorificado en los amaneceres serenos, derramaba fulgores de celeste luz sobre los hermosos semblantes inspirados de los discípulos, y después del canto, abríanse sus ojos felices a la vida, como renacían las flores con el fresco rocío que el cielo derramara sobre ellas.

Y la percepción creciente del más allá por medio de sus utilizados sentidos que la serena vida despertaba paulatinamente en los discípulos de Pitágoras, lo que podríamos llamar el continuo roce divino, hacía de ellos hombres semi-perfectos por el concepto de la belleza pura, fuente de virtud, canal luminoso de inspiración divina, conciencia del supremo poder y conocimiento de Dios.

El templo blanquísimo de columnas dóricas que se elevaba en la cumbre de una colina mirándose eternamente en las azuladas ondas del mar Jónico, semejaba una blanca visión que cual hermoso Narciso, gozábese en el ondulante cristal que reflejaba su belleza.

Y desde la terraza inmensa, envueltos hombres y mujeres en graciosas túnicas de lino, extasiábanse en el interminable cuadro azul que, sucediéndose en infinitos matices, perdía se en el horizonte lejano, para remontarse y extenderse luego limpio y transparente en dulces ensueños de divino misterio sobre sus testas, elevándolos dulcemente a un mundo de ignoradas grandezas.

Y en la visión inmensa, vislumbraban como Pélletan, la lección visible de la inmortalidad. Y bañados en la luz del infinito dirigíanse al interior del templo de las Musas, reservado a las esotéricas lecciones que daba el Maestro a los elegidos. Alrededor

de un patio circular erigíanse, soberbias, las nueve Musas; tres de ellas simbolizaban las potencias divinas y protegían las ciencias ocultas y las artes sagradas, manifestaciones directas para vislumbrar el hombre, en toda su grandeza, la labor oculta de las divinas entidades por medio de la astrología, el estudio del proceso psíquico post-mortem y las facultades ocultas de la adivinación.

Las tres siguientes presidían las ciencias más humanas, la medicina, la moral, etc. , y el último grupo protegía el estudio de la física terrestre, la constitución y formación de los elementos en los reinos mineral, vegetal y animal. Y en el centro del patio, velando

la quietud, resplandeciente de majestad y belleza, alzábase la divina Vesta, velando el mármoleo velo el misterio de su cara a los mortales ojos. Su mano izquierda, tendida y protectora, hacía ademán de bendecir los hogares, canal sagrado para el divino

mandato y su diestra elevábase al cielo, simbolizando la conciencia, el fuego sagrado que, emanando de lo infinito, irradia en los hogares venturosos con inextinguible luz.

Y cuando los discípulos estáticos contemplaban con religioso silencio la belleza velada, como invocando al alma su misterio, les decía el Maestro con pausado acento :

«Estas Musas sólo son las terrestres efigies de las potencias cuya inmaterial y sublime belleza vais a contemplar por vuestros propios ojos. De igual modo que ellas miran al Fuego de Vesta de que emanan, y que les da movimiento, ritmo y melodía, así debéis sumergiros en el Fuego central del universo, en el Espíritu divino, para difundiros con él en sus manifestaciones visibles». (Schuré: "Los grandes iniciados")

El culto pagano fué el culto de la belleza. Y al encarnar en los dioses bellos las fuerzas vivas de la

naturaleza, adoraron el espíritu de Dios latente en el mundo que los rodeaba. Al personalizar los materiales aspectos de la divinidad, su adoración fué la menos personal, porque las fabulosas historias de los dioses mitológicos representaban algo superior a ellos en potencia, en virtud y en hermosura. Un mundo donde cada dios representaba la fuerza impulsora de la evolución y perfeccionamiento *de* su actuación distintiva, un mundo, en fin, que encarnaba la epifanía del concepto del Logos por los divinos devas, En su era de esplendor lograron establecer un conjunto de perfecciones en ellos mismos y en cuanto les rodeaba, Y al trascender el mito que cada dios encarnaba, aparecía a sus ojos la sabiduría del Único, la verdadera Teosofía.

Por esto fué la era de los grandes filósofos y su filosofía la más racional, la más humana y transcendente.

Después de dieciocho siglos de instituída no ha producido la iglesia cristiana ni producirá jamás la figura luminosa de un Pitágoras, el que encarnó la perfección y la armonía en todos los órdenes de la vida, en todos los mundos, ni al divino Platón, el incomparable filósofo del amor cuyas escuelas subsisten aún y que renacerán algún día con todo el esplendor de la idea comenzada.

Porque hoy, el culto más universal es el más desviado de la perfecta actuación a que deben aspirar los hombres. La miseria, la suciedad y la pobreza encarnadas y representadas en esos fanáticos eremitas haraposos y mugrientos hechos santos, es un desvío de la digna renunciación al lujo desenfrenado, una afrenta a la limpia y estética sencillez que predicara Jesús.

Y esa turba de imágenes repugnantes que adornan los templos con sus ojos de vidrio y sus caras macilentas, no pueden conducir las conciencias a un mundo de luz, de armonía y de belleza. El culto degenerado nos condujo a la ignorancia absoluta de las leyes de la higiene, y el recato místico y pudoroso, don del cielo, santificado en la antigüedad, en oposición a la perversión obscena del descoco de las hetarias paganas, nos ha conducido de la escrupulosa y ridícula mogigatería monjil de nuestros tiempos, al libertinaje escandaloso digno sucesor del de las meretrices helénicas.

El horror al desnudo que han proclamado los actuales creyentes del decadente culto, es el estilete del pecado y el fomentador de bajas pasiones; porque a la virgen de la inocencia, diosa de la pureza, la representaban los griegos (en su era de pujanza y esplendor, pues en la decadencia pervertieron su culto) en la forma divina de Afrodita, surgiendo castamente desnuda de las ondas del mar. Y el vicio y el deseo irreprimibles en el hombre ordinario y que el temor al pecado contiene, arraiga en su alma con profundas raíces que la hipocresía encubre con falsas preseas. Y por esto hoy, los modernos cultos sólo engendran fanáticos, hipócritas y descreídos.

¡Oh!, si Cristo renaciera entre los que murmuran mil veces su nombre sin revivir su espíritu; si irguiera su figura serena y resplandeciente en las oscuras bóvedas de los templos, viviente sepultura del Cristo muerto en imagen y en verdad! . . .

Él, que estremecía los árboles en las selvas frondosas con su verbo de ternura; Él en cuyo templo de inmensas bóvedas azuladas predicaba a los hombres enseñándoles a adorar sólo el Espíritu de Dios y su creación, lloraría ahora ante su efigie crucificada, más su muerto espíritu, que la forma ensangrentada que un día agonizara en el Gólgota para revivir en las conciencias humanas como antorcha divina de luz y de verdad.

Y alzando al infinito su hermosa cabeza aureolada, clamaría como en la noche de pasión: «Padre mío, ¿habré de apurar por segunda vez el cáliz de amargura ?

Todo ser amante de la belleza, ha de ser idólatra. Pero a través de aquella forma que reverencia y admira, percibirá el eco lejano de la armónica ley de afinidad divina que todo lo une con su soplo amoroso. Y verá a través de las formas, el alma de las cosas. Y en aquellas almas, una parte pequeña de su alma misma; y al abandonarse al contacto, sentirá la suya renacer por el amor más libre y grandiosa. Y al ampliar en nuestra mente este propio concepto anímico por medio de lo más bello que nos rodea, veremos que la esencia sutil, ese soplo unificador que murmura canciones a nuestro oído, pugnando por desasirse de su retraída condición mezquina y abrazarlo todo, es algo del espíritu que encarnó el pueblo aquel que, con la adoración de la belleza física, engendró una raza de dioses y de héroes.

Vuela, alma tronchada, vuela libre y alada al templo de las Musas y sueña sobre sus evocadoras ruinas el resurgimiento de las deidades bellas en un porvenir glorioso donde brille el sol dorado de la fraternidad sobre sus frentes coronadas...

(Aparecido en "El Loto Blanco" de Agosto 1920)

ILUSIÓN

Fragmentos de una carta

Ilusión... ¿quimera? ¿imagen informe vista al través de un espejo engañoso? ¿Es la ilusión despreciable mascarilla irónica en mueca de risa ocultadora de la trágica realidad?

¿Es, decís, el humo de la vida que en su falsa plasmación oculta por breves instantes la inmutable inmensidad del cielo con su enigma de misterio?

¿Preferís, amigo mío, indagar por la razón lo que veis con los ojos y creer sólo en lo que palpáis, lo que llamais la verdad desnuda? ¿Quereis indagar lo que oculta el firmamento mirando con fijeza incansable el velo de azul y parando el vuelo a la imaginación alada que como ave real de blanco plumaje vislumbra fugaz en las lejanas alturas la luz escapada del templo espiritual de sabiduría que es la única sagrada mansión de la verdad, de la realidad eterna y absoluta?

No, amigo mío; no percibireis nunca la verdad mirando sólo al través de la retina imperfecta. Si el sol que le da vida la ciega, ¿veréis la forma del astro gigante mirando el reflejo? Así el sol del espíritu, que es fuente de vida, no puede mirarse sino a través de los ojos del alma, pues solo de reflejos de esa luz se compone la vida manifestada, eso que llamais única verdad.

Si quereis indagar el por qué de la vida; si anhelosa el alma vuestra, soñadora al fin en su aparente disfraz de material positivismo fruto de la amarga protesta de la existencia vivida desoladora y prosaica, ansía otra vida, no busqueis con los ojos ni a Dios de quien dudais, ni en su esteril afán permitais a la mente, eterna analizadora, descifrar en falsas conjeturas el sacro enigma de la vida y del ser .

Protestais de la vida y en cambio rechazais la ilusión que la eleva, el hada de ensueño, única sabedora del florido sendero que conduce a un mundo divino donde entre arrullos de amores, transcurre serena otra vida más bella...

Sufrís, pobre amigo, porque no soñais o no quereis soñar. No teneis derecho a exigir nada a la vida si en vuestro poder creador no vislumbrais en sueño otras normas más puras, aunque sea en ansias vagas de espirituales impulsos hacia algo ignoto, pero que sentís en vuestro interior, en vuestra propia alma.

Si no creéis en Dios, creed al menos, por la evidencia, en el dios creador que está en vos mismo. Permitid que os insinúe un camino, y haced la prueba. Cerrados los ojos en lugar solitario, aquietado el espíritu, pensad en algo sencillo, en una avecilla, en una flor y procurad amar con protectora ternura aquella pequeña forma en su placidez y en su inocencia.

Si amais y contemplais el objeto amado, sentireis admiración hacia el poder que concibió aquella forma y aquella vida. Y amándola, hallareis su esencia en vuestro mismo amor, como algo ligado a vuestra alma por ocultos lazos. Así empezareis a sentir (no a pensar) la unidad en todo, formando un amoroso tejido sutil de doradas hebras.

Y entonces un canto de armonía acariciará vuestro oído como un apacible susurro campestre en ambiente de paz...

Y no protesteis jamás sino de vos mismo.

Si anhelaís otra vida, buscad la y la hallareis. Porque quien sueña, crea.

El pensamiento constante, ideal y puro, la ilusión que los materialistas despreciais, es la vida más real para el creyente. Porque es la vida inmortal y bella que ni cesa ni se destruye. Al contrario, se

modifica y se engrandece a medida que el ser en su adoración, concibe.

Yo he convertido la ilusión en una diosa. y las serenas regiones a que la ilusión pura conduce, en su Olimpo. Por esto, amigo mío, hallo compensación en el dolor producido por esa falsa vida tan equívoca que el vulgo cree la más real, la única.

Yo, con la ilusión, vuelo feliz a parajes divinos donde todo canta, donde todo ríe y goza y ama. Si todos hiciéramos de un mundo ideal el más real y viviéramos en espíritu constantemente en él, cambiaría necesariamente el centro y el objeto de la vida física. Y seríamos más buenos y más felices en consecuencia.

¿Reís? ¿repetís que son vagas quimeras? ¿soy una pobre alma alucinada y enferma?

Tal vez, pero mientras vos, con vuestros pesimismo y estériles ansias indagatorias mirais fijamente el insondable azul buscando en él a Dios y cerrando los ojos del alma, los únicos que pueden ver, yo vuelo tras la ilusión querida, lo que llamais el humo de la vida, para que en sus blancas alas incorpóreas de nube me conduzca al cielo. . .

(Aparecido en "El Loto Blanco" de Setiembre 1920)